

HÁBITAT METROPOLITANO

Angelique Trachana

Arquitecta y crítica de arquitectura. Escuelas de Arquitectura de la Universidad de Alcalá y Politécnica de Madrid

La autora describe aquí un proceso histórico-evolutivo de la célula habitacional moderna estableciendo cuatro categorías: estandarización, productivismo, masificación y trivialización. En este proceso se analiza el sistema productivo de la vivienda, en cuanto espacio y equipamiento doméstico para el consumo de masas y los mecanismos según los cuales se estipulan los modelos y patrones de calidad.

La casa, elemento nuclear de la vida social desde las más remotas instituciones sociales, forma parte de esa «segunda naturaleza cultural» que la sociedad humana ha creado para mejorar las condiciones de vida en el medio natural. Depósito de todas las realizaciones subjetivas y objeto de la reflexión intelectual, la casa es el medio de la socialización del individuo.

15

En la casa tiene lugar el desarrollo de las facultades psíquicas y mentales del ser biológico, su evolución como ser social. La determinación de la persona por el espacio habitable es absoluta, a la vez que la expresión de la individualidad en una forma de habitar constituye la actitud creativa y transformadora por excelencia. Las distintas formas de habitar de las comunidades humanas a lo largo de la historia han ido progresivamente modificando la naturaleza creando la cultura. De la originaria forma de hogar, es decir, de la reunión entorno al fuego nace, según Vitruvio, la comunidad y el lenguaje. La comunicación y la cultura darán paso al concepto de sociedad y civilización; un salto cualitativo signado como modernidad y modernización que se lleva a cabo a través del desarrollo técnico cuya forma más dominante en nuestros días consiste en la tecnología de comunicación de masas.

Las necesidades y valores individuales expresados en la forma de habitar siempre nos han proporcionado datos de contemporaneidad y de historicidad; nos han dado el mapa de los valores de una sociedad. Como forma básica de la cultura material, la casa representa el cúmulo de la experiencia de habitar, la memoria del pasado, los valores estables pero también los cambios e innovaciones culturales y consecuentemente técnicas. El espacio de habitar que se ha cons-

truido en las diferentes épocas es testimonio de los mecanismos que regulaban la reproducción de la vida privada, de los roles de los géneros, de la vida social y las actividades productivas y económicas de la familia. La separación de esas actividades de la casa, fenómeno relativamente nuevo, ha producido su transformación más significativa a lo largo de la historia. La disminución de las actividades y relaciones sociales que funcionaban bajo el mismo techo llevó a la reducción de las dimensiones y la especialización de las diferentes piezas de la infraestructura doméstica. La evolución hacia la familia nuclear con la emergencia del capitalismo y la revolución industrial vino a disolver el antiguo modelo de la familia de varias generaciones cohabitando, que comprendía también la servidumbre. Los espacios de la casa se adaptaron en las dimensiones del pequeño apartamento o de la pequeña vivienda unifamiliar.

16 Si bien es cierto que a lo largo de la historia la evolución de las sociedades se refleja en la mejora de las condiciones de habitar, la casa siempre había constituido un elemento diferenciador y referencial de *status* social. El cambio que se produce en la sociedad industrial moderna consiste en tratar de establecer criterios homogéneos y universales de habitar, una vez que los modos de producción de vivienda se establezcan dentro de los consumos masivos. Ese giro radical se debe a la presión del gran crecimiento demográfico de las ciudades industriales, en consecuencia de los movimientos migratorios. La fuerza de la *masificación* –aglomeración, desorden urbano, ínfimas condiciones de higiene– han producido una reacción política y social por la mejora general y la salubridad de la vivienda. Pero no sin lucha reivindicativa y confrontaciones de clases sociales se produjo la conquista moderna de un hábitat mínimo digno para las grandes masas.

La modernización de las sociedades como proyecto político contempló prioritariamente la necesidad básica de la vivienda. La ideología socialista que principalmente auspició esas iniciativas se ha batido con las fuerzas emergentes de los nuevos modos de producción capitalista. Al haberse asumido la cantidad como factor positivo y como criterio de valoración, el proyecto del hábitat se asumía como un proyecto de verdadera transformación y conducción de la sociedad. El hábitat había de enseñar la postura que mantener frente a la vida pública y el trabajo, la intimidad, la higiene personal y en definitiva el «espíritu del tiempo». Una sociedad renovada, ilustrada y finalmente emancipada había de surgir de ese proyecto de educación de las masas que encontraría su expresión en la arquitectura de la casa. Así, un poderoso instrumento de control social estaba emergiendo. Del proteccionismo, de las realizaciones patronales de la empresa-industria, de las promociones municipales y estatales, a la intervención del gran capital financiero, se transcurría por un proceso social conducente a un sistema de producción de la vivienda para el gran consumo de masas donde se estipulaban perfectamente los modelos. La casa se prestaba a una verdadera taylorización. El problema del plan de la casa se planteaba como estandarización adecuada: usando muros, suelos, techos de acuerdo con la más rigurosa solidez y eficacia de la máquina.

Hoy ya sabemos que las verdaderas causas del fracaso de la ciudad moderna, así como de la crisis artística y proyectual, son el sistema liberal, el mercantilismo, la ley del máximo beneficio; cuando la cultura se despoja de una base moral; cuando el arte y la arquitectura se despojan de un contenido político-social. La vanguardia arquitectónica que había asumido un orden social, el de la civilización industrial de masas, y un orden político, el socialista en toda la gama vasta y tal vez confusa de significados del término, ha traducido todo su proceso en principios básicos, tipologías, normas, reglas de vocabulario y sintácticas; ha representado quizá la más ambiciosa tentativa de «reducción» producida en la historia de la arquitectura, con todos sus costes y con sus numerosos límites. Siendo esos límites inherentes a una fase histórica y cultural, su crisis forma parte de la que ha sido definida como la crisis del arte como ciencia europea. El pensamiento liberal y su futuro rumbo se representaba en el paradigma americano. La emergencia de una cultura de procedencia americana básicamente ligada en las innovaciones técnicas, en cuanto a la construcción y el urbanismo, presentaba innovaciones importantes en estructuras y tipos arquitectónicos (Escuela de Chicago) que daban cuenta de los activos y pasivos del sistema liberal americano. Un sistema que se traducía en el ámbito de la arquitectura en un *realismo comercial*, libre de toda rémora, tenía ahí la posibilidad de realizar lo que en Europa había sido impedido con trabas de todo tipo; desde las preexistencias ambientales a los conflictos entre clases.

En cuanto el problema del alojamiento, Engels había ya anticipado como una de las tantas contradicciones del sistema capitalista, irresoluble dentro de ese régimen. Con su libro *The Condition of the Working Class in England*, de 1845, proporcionó la contribución más fidedigna a lo que fue el punto central de la ciudad del siglo XIX: el problema de los alojamientos populares. La ciudad resistiendo el empuje de la ingente inmigración y el choque de clases, se convertía en objeto de mercancía capitalista.

Adam Smith aconsejaba a los gobiernos ceder los terrenos del patrimonio nacional para sanear sus presupuestos. Al ceder los entes públicos la propiedad de las áreas edificables a los privados, perdían así toda posibilidad de control urbanístico. En el período industrial (1760-1830) las mayores penurias se ponían de manifiesto: las construcciones antiguas del centro, las más deprimidas y malsanas serían ocupadas por inmigrantes del campo y las condiciones inhumanas de habitabilidad en Londres, Manchester, Liverpool y Leeds que se describen por las estadísticas no eran muy diferentes de la situación de los nuevos alojamientos construidos en las periferias precisamente para albergar a la nueva masa de trabajadores; para obtener partido de estas condiciones precarias había surgido una categoría ex profeso de empresarios constructores, los *jerry builders*, a quienes se debe la formación de los *slums* y de los actuales suburbios proletarios.

Pero la ciudad del carbón, del humo y de la máquina que describe Dickens, no podemos olvidar, marca el punto de referencia, constituye el símbolo de un proceso irreversible, lleno de

contradicciones, pero que supone un extraordinario desarrollo social y humano junto con la urbanística moderna que nace del diagnóstico de la ciudad malsana y por obra de técnicos, legisladores, administradores, reformadores y utopistas.

La construcción masiva del hábitat determina la construcción del territorio y las morfologías urbanas de las grandes metrópolis del siglo xx. Mientras, la casa y su equipamiento, a partir de la segunda posguerra, se convierte en uno de los componentes más importantes de la potencialidad económica, de la inversión y el gasto en las modernas sociedades de consumos de masas.

Estandarización

18 Las vanguardias arquitectónicas habían producido modelos teóricos de la casa interpretando las nuevas necesidades espaciales de la sociedad moderna. En los contextos de sociedades diferenciadas se dieron fórmulas renovadas y evolutivas. Así fue en el ámbito de la tradición anglosajona por un lado, de la tradición mediterránea, por otro, o la americana, donde se dieron formas integradoras de ambas tradiciones; por ejemplo, las casas de la pradera de Frank Lloyd Wright (Keneth Frampton). Fórmulas habitativas experimentadas históricamente como las monásticas de las Cartujas han evolucionado en *los Inmuebles Villa*. Pero más que los datos locales y la experiencia histórica ha predominado un pensamiento especulativo pragmático de vocación universalista expresado en un lenguaje arquitectónico radicalmente innovador que acuñó conceptos como *casa máquina*, *existenzminimum*, *Unité d'habitation*. Estos conceptos que constituyeron el nuevo plano filosófico y ético de la acción, participaban plenamente de la teoría estética de las vanguardias figurativas.

A partir de la concepción de la célula habitacional se reproducía una teoría urbana coherente con un nuevo sistema de producción. Paradójicamente, los postulados de una teoría urbana cuya aplicación había de contar con un poder político centralizado, se adecuaban y servían para la expansión del sistema productivo capitalista. Las nuevas fórmulas de edificios de viviendas y agrupaciones para la metrópoli de la nueva realidad económica, introducían una serie de conceptos innovadores, tanto respecto a su organización como respecto a sus dimensiones y sus componentes técnicos. La arquitectura de la célula habitacional, para satisfacer las exigencias del hombre «de serie», había de resolver un producto estandarizado fijando netamente el problema, determinando las exigencias tipo de una vivienda y confiando a la industria como la construcción de los transatlánticos, de los vagones de tren, las herramientas, etc.

Los arquitectos vanguardistas se dedicaron al mismo tiempo a la especulación teórica y la práctica, siendo la casa el principal objeto de la investigación arquitectónica. La divulgación de sus ideas se hizo de forma sistemática tratando por todos los medios a establecer relación con el

público: a través de la publicación de libros y revistas, exposiciones, construcción de barrios experimentales, a través de su relación con las administraciones públicas, antes que la II Guerra se abatiera sobre Europa. La repercusión de esa campaña ha sido enorme, predominando los puntos de vista de Le Corbusier por su gran capacidad retórica y propagandística; su gran carisma de persuasión y convención; la pretensión de universalidad y objetividad de sus ideas con su efectivo reduccionismo y simplicidad que las hacía fácilmente asimilables. Su discurso contenía los imprescindibles ingredientes de la cultura de masas. Reduciendo y llevando los problemas a los casos límite encontró la manera más adecuada para su difusión, intuyó la enorme capacidad de penetración de los eslóganes y de su visualización en el hombre de la calle y en la administración. Una de sus proposiciones más típicas, «es imprescindible a toda costa una línea de conducta que no sea ni demasiado elaborada ni demasiado poco, porque es necesaria y debe ser suficiente», parece resumir algunas de las principales exigencias de la moderna civilización de masas: una indicación «política», una necesidad «reductiva», una urgencia inaplazable.

En defensa de los estándares y en general de la actitud niveladora del racionalismo, escribía en *Vers une architecture*: «todos los hombres tienen un mismo organismo y unas mismas funciones. Todos los hombres tienen las mismas necesidades». En la Carta de Atenas (que redactada por él expresa los resultados del Congreso CIAM, de 1933, y que puede considerarse un verdadero código de la orientación arquitectónica y urbanística del racionalismo) insistía en las cuatro funciones de la urbanística, basadas sobre otras tantas exigencias objetivas: habitar, trabajar, desplazarse, educarse. Todavía más concreto es el motivo que aduce contra los desplazamientos que impone inevitablemente el concepto de descentralización: «el ciclo solar es corto; sus veinticuatro horas rigen fatalmente las actividades del hombre, estableciendo el límite de sus desplazamientos».

19

El urbanismo de Le Corbusier ha tenido la mayor trascendencia y adecuación a la civilización industrial de masas contemporánea. De ella deriva un enorme patrimonio de ideas y realizaciones o imágenes arquitectónicas a escala urbana y territorial; la idea de la gran metrópoli frente a la ciudad jardín; la idea de ciudad contemporánea, que mediante una serie de conquistas de la cultura moderna, se presenta como alternativa a los problemas que a finales del siglo XIX llevaron a concebir la desurbanización. La gran organización colectiva de la metrópolis se justificaba por el hecho de que sólo ella permite la realización de la libertad individual. Por el contrario, «la ciudad-jardín no lleva a esa libertad, sino al individualismo, a un individualismo que es en la realidad esclavitud; que es un aislamiento estéril del individuo; que lleva a la destrucción del espíritu social y de las fuerzas colectivas; que conduce a la anulación de la voluntad colectiva; en resumen, que se opone a la aplicación de las conquistas científicas, y, por tanto, al confort, al progreso de la época, y, por tanto, a la libertad».

De esas tesis y las piezas del gran mosaico urbanístico que son sus exponentes, es decir, los rascacielos cruciformes o en “Y”, los edificios de pliegues sucesivos, los redientes, los inmue-

bles-villa, las *unités d'habitation*, han surgido las propuestas de arquitectura a escala urbana en el ámbito del código racionalista del movimiento moderno. Una vez configuradas como «soluciones» por su carácter lógico y «clasicista», se han traducido en normas, en factores comunicables y transmisibles; de ahí que las propuestas más avanzadas y recientes sean en gran parte derivadas de ellas.

Pragmatismo y especulación plástica

La contribución de Le Corbusier en la *Vivienda mínima*, aunque parte de las mismas premisas sociológicas que las de los racionalistas alemanes (aunque no las políticas), adquiere una acentuación más nítida en el *estándar*. El problema de la normalización, anteriormente afrontado por el Werkbund y por el proracionalismo, así como por el pragmatismo americano, en Le Corbusier adquiere un sentido nuevo. Mientras que la línea de Morris o de Gropius estaba a favor del desarrollo integrado de las artes aplicadas con la arquitectura y con la industria, mientras las soluciones puramente tecnicistas americanas se presentaban como «mímesis formal y conceptual de la realidad industrial», el concepto de estándar de Le Corbusier respondía a motivos de eficacia, de precisión, de orden y, por tanto, de belleza.

20

La casa Citrohan ha sido ejemplar de todo un proceso de investigación sobre la vivienda estándar. Le Corbusier ha ido modificando y perfeccionando ese prototipo inicial para ser utilizable como vivienda aislada (1920), como célula del inmueble-villa (1922), como pabellón del «Esprit Nouveau» en la Exposición Internacional de las Artes Decorativas (París, 1925), de numerosas formas distintas hasta que encuentra su mejor justificación en una nueva dimensión urbanística; lo utiliza en numerosos conjuntos que forman parte de planes urbanísticos como el de Argel (1930), en donde tales células llenan los vacíos de una enorme estructura que sostiene un viaducto, hasta su versión más concluyente en la *Unité d'habitation* de Marsella (1945-52) y las sucesivas ediciones de Nantes y Briey-la-forêt.

«Los estándares son objetos de lógica, de análisis, de estudio escrupuloso. Los estándares se establecen sobre problemas bien planteados. La arquitectura es imagen plástica, es especulación intelectual, es matemática superior. La arquitectura es un arte muy proporcionado. El estándar, impuesto por las leyes de las relaciones, es una necesidad económica y social. La armonía es una situación de concordancia con las leyes del universo. La belleza domina; la belleza es lo superfluo que necesita todo aquel que tiene un alma elevada. Pero primero hace falta tender al establecimiento del estándar para afrontar el problema de la perfección.»

El lenguaje racionalista a parte de una serie de exigencias sociológicas, el principio de «arte para todos» o la estética que ya no tiene una función lúdica sino cognoscitiva, positiva, «crítica», etc., la primera influencia que tiene sobre la arquitectura fue la del alejamiento respecto a

la naturaleza y su conversión en algo abstracto. En segundo lugar, evidenciaba la contradicción de la vanguardia; la doble vertiente que por una parte exigía un arte puro, fundado en sus propios medios y libre de todo determinismo heterónomo y, que, por otra, alientaba continuamente la intención de un arte social comprometido.

El paradigma de la vivienda resume ese proyecto ambiguo de revolución, maquinismo, dinamismo, propaganda, simbolismo, etc. La ingeniería y el arte abstracto se convirtieron en los factores determinantes del trabajo formativo en el ámbito de una nueva cultura del espacio.

Productivismo

De la crítica a la reducción a una naturaleza sociopolítica de la producción de la vivienda al productivismo capitalista.

Decía Lefèbvre: hay dos conceptos de producción; uno estrictamente económico, referido a la producción de las cosas, y un concepto amplio que contiene la filosofía, la producción de obras artísticas, la producción de conocimiento, las instituciones, lo imaginario social. El segundo concepto de producción influye sobre el primero. El conocimiento, y la técnica, como una forma de conocimiento, incide en la transformación de las fuerzas productivas de las que forman parte las fuerzas naturales. Las fuerzas productivas a lo largo de la historia han ido aumentando y cambiando de posición en el espacio; hoy, su relación con el espacio es de una transformación mucho más importante que nunca. La producción de bienes en general influye profundamente a la organización del espacio, influye en la producción de espacio.

21

Tanto la política de los transportes aéreos y la construcción de carreteras como las redes de telecomunicaciones, la informática, todo sistema técnico contemporáneo ya no interviene en la producción en el sentido clásico, es decir, la producción de cosas y bienes, sino que todo entra en la escala de una nueva manera de la producción, la producción de espacio. La producción de espacio es también producción de relaciones de producción, una decisiva reconstitución de las relaciones de producción.

En el capitalismo una cosa se produce sólo si permite la creación de plusvalía. Pero en la producción del espacio hubo siempre algo más: una parte estratégica y política de primordial importancia. Pero la reducción a una naturaleza sociopolítica y a un procedimiento lógico de la actividad arquitectónica y urbanística para resolver problemas muy complejos, ha producido el aparato crítico del liberalismo en contra del socialismo, que sin embargo ha seguido el mismo procedimiento formal de reproducción del espacio habitacional. La producción del espacio capitalista se ha fundado sobre las estrategias de lo *repetitivo* y lo *burocrático* que se había convertido en el código más difundido y formalizado, con un vaciado progresivo de sus significa-

dos sociales. El *mecanicismo* de la producción espacial y de lo cotidiano darían lugar a un *espacio instrumental* que ha caracterizado el «desarrollismo» de los 60 y 70.

La organización de las periferias que dependen del centro, la producción de un espacio jerarquizado y funcionalizado a través de una precisa localización de los grupos de funciones, el control estricto del espacio desde arriba, constituyeron el impulso y la inercia del capitalismo de los años 60 y 70. Se trata de un espacio organizado económicamente, dentro del cual están ordenados a través del control estatal todo tipo de *flujos*, energías, materias primas, fuerza de trabajo, productos, personas, emigrantes, coches usados... Los tecnócratas logran hasta cierto grado coordinar estos flujos heterogéneos, tanto respecto a sus puntos de procedencia como respecto a sus acometidas en el espacio. El concepto de flujo que procede en primer lugar de la filosofía y después de la teoría de la informática, se introduce por la burocracia y la tecnocracia renovando así el concepto de economía política como economía política del espacio.

Homogeneidad y fragmento

22 Así, en las décadas de los 60 y 70, la tecnocracia estatal con la finalidad de ordenar los flujos y controlar la población produjo un espacio instrumental. En las décadas siguientes, un nuevo fenómeno contradictorio empieza a producirse entre un espacio ordenado por las instancias oficiales y un espacio caótico de los intereses capitalistas que tratan de instalarse allí donde la plusvalía es más fácil de producirse. El espacio que se concibe por los grandes tecnócratas es un espacio homogéneo y regulatorio; mientras que el espacio capitalista es un espacio fragmentado. El resultado es entonces un espacio que tiene ambas propiedades: es al mismo tiempo homogéneo y fragmentado. Espacio homogéneo es lo que se extiende a lo largo de las autopistas, las redes de comunicaciones y telecomunicaciones a través de las fronteras nacionales. Pero al mismo tiempo, este espacio está terriblemente fragmentado, desde el momento que se trata individualmente, se vende en lotes cuyo menor tamaño se limita sólo por el hecho de poder construir dentro. Ésa es la forma sustancial de la contradicción entre relaciones productivas y fuerzas productivas. Por un lado, existe la manipulación del espacio a grandes extensiones. Eso se ejemplifica con las autopistas o con la información sobre los elementos de enormes espacios que concentramos en un solo punto. Por el otro lado, vemos la pulverización del espacio por la propiedad, la comercialización, la compraventa del suelo y de lo que se construye dentro.

Crecimiento versus desarrollo

La prioridad del crecimiento sobre el desarrollo constituye un salto cualitativo en la reproducción de relaciones productivas y sociales en el espacio. El desarrollo obedece a las necesidades sociales que son prioritariamente necesidades dentro del espacio, no sólo en viviendas sino en todo tipo de recursos que terminan en el uso y no en el cambio y el valor de cambio; obedece al

predominio de los ritmos de la vida cotidiana sobre la explotación, el mercado y el lucro del espacio. La función de variantes, las relaciones sociales y las relaciones productivas es entonces función de los cambios producidos en el espacio.

El efecto de la globalización

Las relaciones sociales en el espacio son en gran parte *relaciones simbólicas*. Aunque si queremos pensar concretamente en las transformaciones sociales debemos tener en cuenta no solamente las realidades sígnicas sino conjuntos globales, lo imaginario en la institución social que no puede separarse de las realidades sígnicas, la representación del espacio, el lenguaje arquitectónico.

Si el espacio moderno representaba un ideal de desarrollo, de innovación radical de la sociedad y una relación de ruptura respecto a una tradición que representaba la decadencia burguesa, en el espacio posmoderno no se verifica una relación biunívoca entre lenguaje arquitectónico y contenido social. Las producciones poscapitalistas remiten a una referencia, la de la «globalización», condición de un presente explicado a través de un modelo económico que hace abstracción de los factores locales y temporales. Los efectos de la globalización, —la explosión de las comunicaciones y la información, la proliferación de multiplicidades culturales y la disolución de los puntos centrales y de un sentido o fin de la historia— tienen implicaciones directas en la percepción del tiempo y como consecuencia en la percepción del espacio como memoria y experiencia, dando lugar a la percepción del espacio como evento.

23

Lenguaje simbólico y valor de cambio

El lenguaje simbólico sufre entonces la reducción a un valor añadido. La producción de *espacio simbólico* implica un aumento de su *valor de cambio*. Esa fue la contrapropuesta al reduccionismo sociopolítico de la arquitectura moderna; de una crítica directa del lenguaje moderno. Los arquitectos de las vanguardias habían llevado a cabo una lucha por la arquitectura moderna, que ha sido fundamentalmente política y encuadrada en el conflicto ideológico de fuerzas progresistas y de fuerzas reaccionarias, desarrollando una arquitectura en todo el mundo según unos principios generales: la prioridad de la planificación urbanística sobre la proyectación arquitectónica, el mayor aprovechamiento del uso del suelo y de la construcción para poder resolver el problema de la vivienda aunque fuera a nivel de la «existencia mínima»; la racionalidad rigurosa de las formas arquitectónicas, entendidas como deducciones lógicas (efectos) a partir de exigencias objetivas (causas); la apelación sistemática a la tecnología industrial, a la normalización, a la prefabricación en serie, es decir, a la industrialización progresiva de la producción de los bienes relacionados con la vida cotidiana (el diseño industrial); la concepción de la arquitectura y de la producción industrial cualificados como factores condicionantes del progreso social y de la educación democrática de la comunidad. Pero la crítica referida a los fenó-

menos urbanos del «desarrollismo» de los 60 y 70 hacía advertencia de un doble reduccionismo: tanto lingüístico como de contenido social.

Crisis de la calidad del alojamiento

La crisis de la calidad del alojamiento es hoy más que una evidencia. En el primer mundo, se manifiesta en una la tendencia de urbanización total del territorio, el crecimiento urbano desmesurado y desestructurado, los monstruosos barrios de viviendas cuya precariedad abarca desde una efectiva pobreza de materialidad constructiva y espacialidad, a una pobreza expresiva de contenidos sociales y culturales, achacables a la tecnificación, estandarización y masificación como políticas no precisamente verdaderas de desarrollo social y humano. En los países del tercer mundo, las monstruosas aglomeraciones que son las grandes metrópolis, los barrios de autoconstrucción carentes desde las más elementales infraestructuras a las mínimas condiciones de salubridad y dignidad, —con escasas excepciones donde hoy se localizan los auténticos laboratorios de experimentación en cuando a nuevas técnicas de prefabricación, auto construcción, materiales y técnicas autóctonas— constituyen la imagen de la injusticia social, la discriminación y la hipocresía de nuestra civilización contemporánea globalizada.

24

La transformación de los perfiles de las ciudades europeas en las décadas de los 60 y 70 dando un alto grado de uniformidad y pobreza expresiva, a diferencia de los fenómenos arquitectónicos y urbanísticos que históricamente habían legitimado la representatividad de clases, renunciaba a la representatividad. La sociedad de clases convertida en masa mediatizada habitaba anónimas periferias, de construcciones homogéneas, de baja calidad constructiva y expresión arquitectónica. Si el urbanismo moderno había representado a través de sus formas edificatorias un heroísmo revolucionario y una *voluntad de nuevo poder*, los poderes fácticos ahora prescindían de un marco ideológico representable a través de un código arquitectónico y adoptaban el código de significación propio de una producción utilitaria, banal y comercial. La representación fue reducto y privilegio de las arquitecturas corporativas e institucionales donde se constituyó en valor añadido, mientras que la miseria expresiva caracterizó la construcción del hábitat y del espacio urbano que generaba. Macrourbanización, altas densidades, déficit de espacio público y dotacional, fue la tónica general de las décadas del «desarrollismo».

Recordemos cómo la burguesía del siglo pasado dio forma a la ciudad de una manera clara e inequívoca monumentalizando y magnificando el espacio público; como hasta la segunda posguerra el laboratorio arquitectónico produjo las formas arquetípicas de la célula habitacional y reflexionó sobre el espacio público que su reproducción seriada y repetitiva sería capaz de generar. Pero a partir de la Segunda Guerra, la coartada económica concibió la nueva ciudad desde la mera perspectiva *utilitarista* y el *lucro*. Como parte externa de la ciudad propiamente dicha, funcional y especializada bajo la doctrina del *zoning* se consolidaba el modelo de ciudad segregada social y funcionalmente.

Hoy, el concepto del *zoning* resulta ya obsoleto. La idea de fragmentación y homogeneización del espacio responde a otras limitaciones y dimensiones; la mayor o menor intensificación de las infraestructuras viarias y otras redes. La megalópolis es un espacio enormemente fragmentado, masificado y eminentemente *desideologizado*; y sin embargo ahora profusamente estetizado; una estetización difusa y acrítica sin resortes éticos y sociales. Multiplicidades performativas adecúan las formas arquitectónicas y urbanas a la banalización y trivialización de los lenguajes publicitarios adecuan las formas y sus finalidades mercantiles. El diseño arbitrario y el individuo insolidario celebran así el triunfo global del individualismo sobre la comunidad y sus consecuencias: la desacralización del espacio público y del hábitat humano. La arquitectura habitacional constituye una respuesta a la oferta consumística de la producción industrial y el espacio público se convierte en un espacio esencialmente residual, amorfo y supeditado a las exigencias del tránsito rodado y del estacionamiento automovilístico, sobre todo. La falta de soluciones de continuidad y de diseño para el control espacial se suplanta a veces por un incierto carácter lúdico y decorativo superpuesto.

Nuevas alternativas de habitar

Las nuevas tendencias sociales consecuentes con las transformaciones de la unidad familiar, la irrupción de la sociedad de la información, la alta tecnificación, la sintonización de la organización del espacio con un marco cultural global están contribuyendo a cambios en los modos de habitar.

Los *nuevos patrones habitacionales* basados sobre una investigación en tecnologías y nuevos equipamientos no corresponden a *patrones ideológicos*, aunque se puede decir que es precisamente esa falta ideológica la que se convierte en nueva ideología. El marco cultural y referencial de la industria productiva de la habitación es aquel mismo, podemos decir de la organización de la producción en cadena de la comida rápida, la escenificación de los consumos en las grandes superficies comerciales, el ocio, los lugares masificados, los viajes organizados, la cultura envasada.

Los nuevos *patrones de calidad* no se refieren tanto a *nuevas necesidades espaciales* sino a la necesidad de una *nueva imagen* de hogar. Los nuevos *modelos de habitar* ceden ante la repetición de figuraciones eclécticas preestablecidas, sin criterio cualitativo ni posibilidad de interacción con el paisaje, el programa o el propio usuario. La vivienda que mantiene su carácter de producto estandarizado y utilitario se despoja en gran medida de la imagen maquinista y sus recursos figurativos muestran predilección por las visiones neotradicionalistas y neohistoricistas. Lo *tradicional* y lo *Kitsch* predominan en la figuración de la arquitectura doméstica.

Si la casa moderna había ya sustituido el término mobiliario por el término equipamiento reemplazando los innumerables muebles de las casas de épocas anteriores con armarios estándar incorporados a las paredes y dispuestos para cumplir en cada lugar de la casa una función coti-

diana precisa, ya no de orden decorativo sino por entero de orden funcional, si las dimensiones y configuración espacial de la casa se definían perfectamente por sus componentes constructivos como las luces de las viguetas prefabricadas, la modulación estándar de las ventanas, la altura exactamente proporcional a la escala humana, los nuevos procesos productivos nos sitúan ante una nueva etapa. Las alternativas constituyen la integración de técnicas materiales y productos industriales habituales en otros sectores en creciente desarrollo que van ganando terreno a la tradicional construcción y figuración residenciales; una arquitectura cada vez más encadenada a la industria y propensa a las mejoras no tanto arquitectónicas espaciales sino a las relativas a *equipamientos* y productos industriales de consumo integrados; un nuevo reequipamiento de los hogares con productos de bienes cada vez más perfeccionados y sofisticados. En el contexto de la globalización, las nuevas perspectivas de innovación de la casa se puede decir que son: integración en un mercado internacionalista que explora nuevas tecnologías y materiales; incorporación de la tecnología de la información; mientras que espacialmente, la organización de piezas especializadas a que tendió la vivienda moderna, ahora otra vez, se tiende hacia una flexibilización. Por último, la preocupación medioambientalista cada vez más extensa, se espera haga presión para la búsqueda de soluciones ecológicas.

La automatización del interior de la vivienda con distintos electrodomésticos y artilugios, la tecnología en seguridad así como la conexión externa a una red de acceso a todo tipo de información y de servicios son los campos donde se llevan a cabo las innovaciones más importantes en materia de vivienda.

26

Patrones de calidad

Los nuevos patrones de calidad vigentes para la sociedad de consumos masificados radican en un acierto de saber fundir tras un concepto de gran consenso, la noción de «producto garantizado» a través de ciertos factores preestablecidos y fácilmente asumibles: el factor «eficacia» que se manifiesta con apariencia de mayor organización y rapidez en la producción; el factor «cálculo» con apariencia de mayor economía; el factor «predicción» (apariencia de mayor previsibilidad) y el factor «control» (apariencia de mayor seguridad). Eficacia, economía, previsibilidad y control son, pues, podemos decir, los patrones básicos del «efecto McDonald's» a los que habría que añadir un último factor: el de la «teatralidad incorporada» o *entertainment* por todo un universo de *gadgets* incorporados al producto. (M. Gausa)

Estrategias de consumos

En las décadas de la posguerra, en los países más desarrollados, la vivienda y el equipamiento doméstico fueron factores determinantes de las nuevas pautas de consumo de masas y potenciadores de la economía. En las décadas de los años 60 y 70 se observa una decaída y un agota-

miento del sector que fue efecto del nuevo concepto de economía neoliberal –de especulación monetaria y desapego de la producción industrial– acompañados por una crisis social. Hoy, según los expertos, estamos entrando en un nuevo ciclo económico basado en nuevas generaciones de productos donde entran a formar parte los nuevos equipamientos del hogar. Son productos de alta tecnología, aunque la economía general mantiene todavía a distancia los grandes sectores de consumo. Su accesibilidad se mantiene restringida mientras no se salve el desnivel de la oferta mercantil y la capacidad adquisitiva, la sociedad de pleno empleo y de niveles de ingresos suficientes.

La casa inteligente, término que propuso Santiago Lorente, el espacio programado que permite alojar en su interior subequipamientos, piezas funcionales de formas programables variables, la conectividad e interactividad, la variabilidad espacial, el confort, la expresividad y cierto toque *fashion* son algunas de las claves de una vivienda de cierta elite minoritaria que maneja símbolos de la información. (M. Gausa) Los símbolos de elite hoy no corresponden con una cultura de elite, sino con un privilegio económico que permite el acceso a productos que sin embargo son concebidos como productos de serie y destinados al gran consumo; productos con vocación de ser apropiados por las grandes masas aunque la capacidad de producción no está acorde con la capacidad de demanda. Una casa equipada muy sofisticadamente y con cierto carácter lúdico sirve como tarjeta de presentación a una minoría que no hace más que adaptarse sin embargo a ciertos estándares del momento.

27

Internet, por ejemplo, es el nuevo instrumento que ha sido dotado con un simbolismo del cual se apropia un, cada vez mayor sector social, integrándose al nuevo estándar. La informatización de la casa y el teletrabajo se extiende ya no como privilegio de ciertos rangos profesionales, sino como una forma más de la precariedad laboral. Además del teletrabajo, otras teleactividades como la tele compra y telepago se están incorporando en la vida hogareña. Un nuevo espectro de relaciones de producción y como consecuencia un nuevo espacio social se está creando. Con la telecomunicación y teleproducción ya no se precisa de la ciudad para llevar una vida ciudadana.

El ahorro de consumos energéticos y la reducción de los tiempos de traslado serán desde luego consecuencias positivas, pero la mayor descentralización y desurbanización, la potencialización del individualismo en detrimento de las relaciones sociales, junto con los conflictos debidos a la discriminación de los que no tienen la capacidad económica y formación para participar en las nuevas tecnologías, pero sí tendrán que sufrir las consecuencias de la desurbanización, la injusticia social y los desfases y lagunas en la regulación legal y del nuevo espacio social, serán las consecuencias negativas de todo este nuevo espectro.

No parece sin embargo que los nuevos equipamientos requerirán de nuevas y determinadas adaptaciones arquitectónicas ni mayor espacio gracias a la miniaturización de los equipos. De

hecho, sobre el problema de la necesidad de una vivienda de *mayor superficie como indicador de calidad*, para un mayor sector poblacional, no parece que suscite una atención ni mucho menos una línea de investigación. Alguna que otra reflexión particular, como es el caso de las viviendas «Hermet-Biron» en Saint-Ouen y las viviendas «Némausus» en Nimes de Jean Nouvel, presenta una solución arquitectónica que procura, por un lado, la reducción máxima de los espacios comunes –comunicaciones horizontales y verticales– que sitúa en la intemperie y, por otro, la supresión de la tabiquería interior, de los espacios destinados a instalaciones que aparecen vistas; una serie de artilugios en aras de ganar espacio vividero llevan a la precariedad de los espacios comunes y la reducción minimalista de su significatividad con una cuestionable compensación en calidad y confort del espacio vividero cualificado con el supuesto valor de la flexibilidad al carecer de divisiones más que las absolutamente imprescindibles.

La determinación de los medios de comunicación en la transmisión de las ideas y la vida política están creando una nueva condición sociopolítica que afecta el modo de concebir y habitar la ciudad. La naturaleza del hogar en la sociedad mediática del individualismo creciente se convierte en una casa cada vez más hermética y autocontenida, que desempeñará una centralización de funciones llegando a ser un ámbito económico además de un ámbito cultural en términos de entretenimientos y ocio gracias a las nuevas implantaciones tecnológicas.

28 Desde el punto de vista de las relaciones de las personas o estilo de vida, las previsiones describen una sociedad basada en una economía de servicios, eminentemente práctica –al modo americano– y virtual. La virtualidad generada por el teletrabajo, la multiconexión a través de Internet, la vídeo-conferencia, etc., será probablemente aquella práctica que permitirá la *ubicuidad de las personas y la superación del espacio real* más que la recuperación del tiempo libre.

Desde otro punto de vista, el incremento de tiempo libre será consecuencia de las capacidades y utilidades de nuevos electrodomésticos que permitirán una notable disminución del tiempo de las tareas domésticas. Así mismo, el control remoto y telegestión de las funciones automatizadas de la vivienda, la regulación automatizada de las condiciones ambientales de temperatura, humedad, partículas en suspensión, luz natural y luz artificial según las necesidades, parece que van a proporcionar un mayor confort y utilidad respecto a los actuales sistemas manuales. Sin embargo, estamos lejos del uso generalizado de esos equipos en el ámbito doméstico por su elevado coste y mantenimiento.

Otro debate incipiente y apenas esbozado es aquél en torno a la preservación del medio ambiente, la necesidad de control del impacto ambiental de los crecimientos urbanos, la búsqueda de nuevos sistemas de interrelación con el paisaje.

Las consecuencias económicas, sociales, culturales y personales de la actual revolución tecnológica, sobre todo del sector de las telecomunicaciones y la informática, se prevé que no afectarán

tanto a las soluciones y modelos alternativos de la construcción, como el uso del suelo. Según las percepciones y previsiones de los expertos en ese sentido, la descentralización y desurbanización serán las tendencias de ocupación del territorio. Alguna de las visiones más apocalípticas podría ser aquella de la previsión de una colonización efímera del paisaje a través de sistemas reversibles de construcción y ocupación del suelo que implicaría la reconsideración de las clasificaciones del suelo en urbanizable y no urbanizable, la revisión del régimen de propiedad, la previsibilidad de ciertas estrategias de «colonización suave» de baja densidad e impacto en condición de uso temporal y no de propiedad que permitiría el reciclaje de terrenos en desuso. Las soluciones orientadas hacia la cultura del medio ambiente son al menos de dos clases, que presentan a su vez dos clases de problemas. Un gran coste en infraestructuras que implicaría el modelo de baja densidad además de un ataque a la rentabilidad inmobiliaria, sector económico decisivo para el desarrollo económico. Pero inevitablemente se producen y se producirán en el futuro más alternativas en la construcción del territorio dadas ciertas condiciones irrevocables: la obsolescencia y necesidad de reciclaje de enormes áreas industriales; las nuevas fluctuaciones del mercado de trabajo destinadas a favorecer una progresiva aceptación de la movilidad residencial con un incremento de la vivienda temporal y, sin duda, una esperada mayor sensibilización a favor de políticas de potenciación del valor medioambiental y de la mejor adecuación de la vivienda a su entorno.

Para la casa del futuro, si tradicionalmente los conceptos de calidad y solidez estaban asociados a la durabilidad, seguramente los nuevos tipos de producción industrial requerirán de una *garantía de calidad* y tendrán *fecha de caducidad*. La producción de la casa como la de un artículo de consumo cualquiera será precedida por un cálculo de amortización de los costes. La producción del espacio de habitar habrá entonces cambiado de hipóstasis social y formará parte de la producción de objetos de mercancías, de carácter efímero y consumible.

29

Masificación

Las características de la cultura de masas de hoy, como hemos señalado en otro lugar, derivan del proyecto ilustrado racionalista y reduccionista de las cosas en apariencia, una vez despojadas de su complejidad constitucional para ser presentadas simplemente y asimiladas fácilmente como espectáculo.

Derivando de esos principios, las vanguardias difundieron, por un lado, un «arte para todos»; por otro lado, a la arquitectura tenía que aplicarse el criterio de «reducción» a un «servicio social» y funcional; tenía además que integrarse con el urbanismo y el diseño industrial.

Así que los principios ideativos de la arquitectura moderna –pragmatismo y especulación plástica– se prestaban a una producción mecanicista –seriación, estandarización, *existenzminimum*– y a un imperativo de innovación lingüística. La priorización, como valor, de la planificación economi-

y tecnocrática de la ciudad y la espectacularización de la arquitectura han oprimido el impulso creador y han impedido una verdadera investigación e innovación arquitectónica. La función en cuanto sentido y verdad de la arquitectura moderna, devino *utilitarismo* sin reflexión filosófica.

Si bien es verdad que tras los grandes alardes formales de la arquitectura y de la ingeniería del siglo XIX, la comunidad, atraída por el orden socialista y de las exigencias de una realidad social de la posguerra, se refiere a la imperante necesidad de vivienda, y en particular de vivienda popular por encima de cualquier otra consideración. «Los racionalistas –escribe Samoná– entendían la vivienda así como un símbolo de naturaleza ética, que al mismo tiempo les impulsaba a actuar con un *rigor lógico*. La casa y el barrio se convirtieron en el centro de las exigencias morales que se mostraban en la coherencia entre la función y la forma, en la armonía que operaba desde el interior de la célula habitacional, señalando una vía para la superación de todos los contrastes sociales. Éstos se juzgaban como fenómenos de incoherencia de estructuras y se reflexionaba sobre la manera de dar forma operativa a expresiones que hasta ahora se habían aplicado sin rigor funcional.»

30

Si la arquitectura históricamente había creado espacios expresivos de la ideología de clase social dominante, ése era el momento de crear un espacio para un hombre genérico y sin clase; un espacio generado a partir de las medidas del hombre, las funciones vitales, la salud y la higiene prescindiendo de símbolo. El arquitecto moderno tenía la frágil convicción de poder mediar entre los deseos y aspiraciones humanas y las tramas existentes. Su capacidad imaginativa y anticipativa de nuevas formas de vida se renovaba en la memoria de la tradición popular evitando el vocabulario del clasicismo arquitectónico, a lo largo de tantos siglos elaborado; trataba de encontrar un orden antropológico primario para introducir directamente en el proyecto arquitectónico, un orden latente en la realidad que había de captar y expresar en el lenguaje arquitectónico. Es más, había de captar la realidad como una realidad corregida en sus defectos y carencias, tal como podría ser. Pero la valoración de la realidad y la positividad de sus valores ha sido errónea, lo que produciría una confrontación entre propuestas idealizadas –como las de Le Corbusier o Hilberseimer– y situaciones reales. La mediación arquitectónica en el modo de habitar y de la vida cotidiana como placer y libertad, no fue más que un deseo fugaz, un espejismo imposible de materializar porque el imperativo de la *necesidad* y el *lucro* se interponía entre los deseos y aspiraciones humanas y las *visiones del arquitecto*. La racionalización, se ha impuesto como la administración de recursos económicos y cálculo de beneficio mercantil. El imperativo económico y el mecanicismo productivo, sustituía el hombre en su esencia y complejidad por una abstracción de hombre-sociedad-clase-empresa, hombre masa en definitiva.

Los mecanismos según los cuales la sociedad se convierte en masa también han sido repetidamente señalados. Ésta masa se caracteriza por los patrones mayoritarios de una clase media

extensa que constituye el sustento y soporte del sistema, tanto económico como político. Entre sus valores predomina el valor de la seguridad que determina todos sus reflejos. Es una clase media tiranizada por los medios de comunicación de masas, por la propaganda comercial y política y a la vez tiránica, ya que impone a todas las cosas su punto de vista y sus formas de estimación y evaluación; masa completamente mediatizada y tecnificada, carente de espacios de libertad para la imaginación y la autocreación; sus preferencias y sus consumos determinan decisivamente la organización espacial. El habitar el territorio de la metrópolis contemporánea ejemplifica así la condición de un «ser» que habita un «no lugar». El territorio neutro e isótropo dotado con redes de servicios tiene las condiciones necesarias pero no suficientes para la existencia humana. La comunidad y el lenguaje se extinguen en los «no lugares». La comunicación se sustituye por las tarjetas magnéticas y los telemandos que nos dan acceso. El tiempo se cuenta porque cuesta en las autopistas, los aparcamientos, los aeropuertos, los grandes foros de espectáculos. Esos síntomas se diagnostican como crisis de la cultura del espacio. La cultura de los medios de comunicación, de la movilidad y de las relaciones ubicuas es el marco cultural donde se reivindica humanización de la arquitectura del hábitat; humanización que la mayoría de las veces viene a significar los superpuestos valores humanos sinónimos de tradicionalistas o esteticistas.

Los espacios de cohesión de la sociedad actual, aquellos espacios en que cada hombre sabe que comparte con los demás una misma actividad, un mismo imaginario, una fiesta, un juego, un símbolo, son los grandes almacenes, las autopistas, los estadios, las concentraciones turísticas y, sobre todo, la urbanización donde la aparente privacidad de la gente en sus casas y las largas horas televisivas, como diría Baudrillard, significan el «fin de lo social». «La emergencia de lo masificado» se ejemplifica con los «no lugares» que responden a un número reducido de tipos reproducidos masivamente; los estilos de vida difundidos; las tipologías de hábitat comercializadas y promocionadas frente a otras, como en España el chalet adosado frente al bloque aislado; grandes operaciones urbanísticas unitarias y homogéneas. La paradoja es que lo masivo se presenta como individual y lo disgregador como congregador. Las conductas parecen como libres pero están sujetas a una constante manipulación.

El «individuo» que nace en la Edad Moderna y en el ámbito de la filosofía empirista inglesa, constituye en nuestro mundo contemporáneo el sujeto de una sociedad tecnificada y masificada. El «individuo» es el «átomo» de una sociedad en que los vínculos comunitarios y culturales en el sentido antropológico de la cultura están en trance de romperse. Porque la «masificación» que producen los medios de comunicación y la tecnificación de hoy es una masificación distinta de la que intuía Ortega y Gasset. La multitud ya es masa invisible que permanece recluida aunque igualmente masificada en sus «unidades de habitación» con sus televisores. La función del televisor, unido al tipo de habitación y ciudad producida por los agentes económicos en coordinación con los agentes políticos, acentúa una tendencia masificadora con ámbito cada

universal y a la vez agudiza la atomización. Desde ambos lados actúa en detrimento de la cohesión comunitaria y diluye la figura del ciudadano.

A ese hombre sin atributos la ciudad se le aparece como espectáculo. Siempre es un espectador, un hombre pasivo que participa voluntariamente de un plan que no ha trazado. Pero la ciudad le imbuye en una incesante actividad con apariencia contraria. Toda una serie de simulacros, actividades, espectáculos, entretenimientos que le hacen moverse vertiginosamente alrededor de un vacío. El consumo veloz de espacio, territorio, horas, días y contactos nunca genera experiencia verdadera, es decir, aquel orden de relación con el mundo que podría transformarnos. La relación del hombre con su entorno tiene el carácter del consumo; un acto de aprehensión y al mismo tiempo de destrucción: desde los objetos, vestidos, automóviles, muebles, hasta las propias casas. La pérdida de vínculo estable con el lugar y la casa debilita nuestros territorios de identidad y nos somete a un mundo autodegradable e intangible: el mundo de los *mass-media*, la propaganda, la publicidad...

La arquitectura ha dejado de tener la función de la configuración espacial y social para sumarse al mundo de los medios y constituir un factor más de la comunicación entre los distintos factores ambientales –publicidad, diseño industrial, iluminación, etc.–. Como una indiferenciada *mass-media* la industria de la arquitectura produce interrumidamente obras cuya imagen consume los estilos y la historia, ejerce la seducción con la morfología de lo nuevo. Un incesante diálogo de propuestas innovadoras y adaptaciones homologadas forma parte del fenómeno de la sociedad del consumo en que todo caduca tan rápidamente como los lenguajes arquitectónicos expuestos y dispuestos a las tendencias de las modas. Una difundida noción estética que la gente confunde con calidad festeja lo popular y democrático como apoteosis del mercantilismo, la manifestación más nítida de la ideología poscapitalista.

32

Trivialización

La industrialización, la necesidad de producción masiva, la vivienda mínima, se podrían describir como un proceso de desacralización de la casa. La razón que había constituido un motor para la *desacralización y humanización del mundo*, desde el Renacimiento hasta principios del siglo XX, en esa segunda mitad del siglo se convirtió en un freno, un obstáculo, un límite, una simplificación de la complejidad. Arrinconadas ciertas perspectivas tradicionales como la «sabiduría» o la «trascendencia», el conocimiento que ha triunfado ha sido la ciencia puesta al servicio del conocimiento especializado y, sobre todo, de la tecnología actuando sobre el mundo desde una dimensión exclusivamente práctica. Sus efectos fueron avasalladores y uniformadores, demostrándose en ese proceso su potencial de *trivialización*. El efecto de la tecnología al que estamos asistiendo es trivializador con respecto a la propia imagen que el hombre tiene de sí mismo. El mundo pierde espesor moral, la idea de libertad empobrece, así como otros conceptos del vocabulario ético como la felicidad y el bienestar.

La barbarización del contexto donde habita el hombre perfectamente conformado a patrones técnicos carentes de orientación ética corresponde a entes públicos y privados irresponsables; la producción de la vivienda estándar y masificada que no responden ante nada más que su propia operatividad o su mecánica de producción, eufemísticamente llamada racionalidad, es también el camino a través del cual las producciones sociales se convierten en mercancías, eclipsándose el valor de uso por el valor de cambio. Pero la producción de la vivienda que no sólo es una producción material sino también transmisión de ideas ha constituido la producción cultural por excelencia. La cultura global basada sobre la difusión global de ideas a través de la publicidad y estrategias de los consumos de masas ha producido sobre la casa los efectos de descontextualización, desestructuración, descentralización, y devaluación arquitectónica. La casa red del futuro, como hemos visto, traspasada por redes de información, energías y suministros, representa la vida conectada pero desarraigada que encuentra su simbolización en el ordenador portátil y el teléfono móvil; en las personas sin domicilio fijo. La trivialización de la casa y el hombre nómada son las dos caras de la misma moneda: de una sociedad precaria donde la desvinculación de la casa y el lugar son comparables con la inestabilidad familiar, la flexibilidad laboral, la ubicuidad de las relaciones humanas y la virtualidad del espacio urbano, ese gran proyecto colectivo que no ha terminado de ser realidad.

El nuevo proceso del espacio arquitectónico había empezado a gestarse en el pensamiento romántico y en distintos momentos de contrapunto al predominio exclusivo de la razón, el enfoque fenomenologista que como un síntoma de la crisis del racionalismo trataba de corregir desde la experiencia y la existencia la interpretación racionalista del mundo; hoy ya equivale al desprendimiento de las racionalidades –sociológica, económica, funcional– manifestando el valor autónomo de las cosas. La arquitectura tiene valor en sí misma como el arte, más allá de legitimaciones del discurso arquitectónico dadas a priori. Los negocios se contemplan desde el punto de vista de la creación. La publicidad es el arte supremo. La cultura y el negocio confunden sus límites y el individuo, decía Baudelaire, está sufriendo un embotamiento de la sensibilidad: falta de búsqueda, falta de capacidad de confrontación, falta de curiosidad y de asombro. La trivialización y el embotamiento conducen a la «razón perezosa», que ejemplifica el arte y la arquitectura de nuestra época. La arquitectura de la casa, así como la institución de la casa, sufre esta tendencia a la trivialización.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- R. Banha: *Teoría y diseño arquitectónico en la Era de la Máquina*, Ediciones Nueva Visión, SAIC, Buenos Aires, 1972.
 J. Baudrillard: *Cultura y simulacro*, Ed. Kairos, Barcelona, 1978
 L. Benevolo: *Los orígenes de la urbanística moderna*, H. Blume, Madrid, 1979.

- M. Castells: *La era de la información, Economía, Sociedad y Cultura*. Volumen I, La sociedad Red, Alianza Editorial, Madrid, 1997
- Le Corbusier: *Hacia una Arquitectura*, Poseidon, Barcelona, 1977.
- Le Corbusier: *La parcellizzazione del suolo urbano* (intervención en el III Congreso CIAM, Bruselas, 1930, en Aymonino, L 'abitazione razionale).
- F. Engels: *El problema de la vivienda*, Gustavo Gili, Barcelona 1977.
- R. de Fusco: *La idea de la arquitectura*, Gustavo Gili, Barcelona 1977, col. «Punto y línea».
- R. de Fusco: *Historia de la arquitectura Contemporánea*, Celeste Ediciones, Madrid, 1997.
- H. G. Gadamer: *La actualidad de lo bello*, Ed. Paidós Iberia, Barcelona, 1998.
- M. Gausa y J. Salazar: *Singular housing: el dominio privado*, Actar, Barcelona, 1999.
- H. Lefèbvre: *Le temps des méprises*, 1975. Entrevista de H. Lefèbvre con Gaude Glayman editada por Ypsilon/Biblia, Atenas.
- S. Lorente: *La casa inteligente*, Fundesco, Madrid, 1991.
- T. Maldonado: *Lo real y lo virtual*, Ed. Cedisa, Barcelona, 1994.
- E. Manzini, *Artefactos. Hacia una nueva ecología del ambiente artificial*, Celeste Ediciones y Experimenta Ediciones de Diseño, Madrid, 1996.
- N. Pevsner: *Pioneros del diseño moderno: de Willam Morris a Walter Gropius*, Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1972.
- P. Portoghesi: *Después de la arquitectura moderna*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981.
- G. Samoná: *Hurbanistica e l'avvenire della città*, Laterza, Bari, 1959.
- R. Sennett: *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- J. F. Tezanos y J. Bordas: *Estudio Delphi sobre la casa del futuro*, Editorial Sistema, Fundación Sistema, Madrid, 2000.
- Vitruvio, *Los diez libros de la arquitectura*, Ed. Iberia, Barcelona, 1991.

